

La perdigonada del cazador

LA verdad es que en los últimos tiempos el bosque se había puesto como en día de romería. Los ojeadores hicieron sonar las trompas y los cuernos de la tolerancia y ante esa música entre celestial y wagneriana los lobos de toda índole se confiaron. Primero con timidez instintiva, luego asomando el hocico de caucho, después, espolvoreando el bullerengue los lobos democráticos abandonaron las madrigueras con la Declaración de Derechos Humanos en el sobaco y comenzaron a formar corros para ensayar la libertad. En los primeros días aquello

yendo uno a uno, así se ha diezclado esta romería democrática.

Cuando los cautos lobos, de la especie de los junteros y los lobos menos clandestinos, de la especie de los convergentes, lograron reunirse al fin a la sombra de una encina para coordinar las dos manadas, las trampas y los cepos se pusieron en función. Llegaron entonces los guardajurados de la reforma, este lobo quiero, este no quiero, este me lo trinco, este lo dejo, y realizaron una tria según el programa de mano. La Caperuza troskoerótica y la Abuela proustiana contemplan el pano-



parecía un festín, un festival, una alegre y confiada cuchipanda de pactos y reuniones en los claros de la arboleda. Pero previamente los guardajurados de la reforma habían trabajado bien. Nadie podía sospechar que en un proyecto concienzudo el bosque, antes de sonar las trompas de la tolerancia, había sido preparado ecológicamente para lograr el equilibrio de las especies políticas: se montaron cepos, se armaron trampas, se cavaron fosos disimulados con ramaje, se sembró entre jaras y cantuesos con carnaza envenenada. Y así han ido ca-

rama de esta cacería selectiva con asaz preocupación y me han hablado de que intentan manifestarse en señal de protesta y echar de paso unas voces por la amnistía. Yo les he dicho que muy bien, pero que vayan preparando las pólizas, que rellenen los formularios, que se pongan escapularios y detentes y que lleven cirio o pendón. Y que a la hora de transitar por el bosque que miren donde ponen los pies, porque el suelo está plagado de cepos zorreros para totalitarios y en una de esas se pueden ver con la pantorrilla atrapada y en lo alto las estrellas. ■ V.



El Poto

